



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

El hijo de Batman me atacó

Ricardo Cabrera
Julio 22, de 2020

La noche anterior se había prolongado más de lo que deseara, con un solo ayudante, cumplimos con el pedido que me fue solicitado de ensamblar veinticinco equipos de cómputo. El cliente pasaría como a las once, según dijo. Así que, me di el tiempo para llevar a mis hijos al colegio y desayunar, cuando miré la hora, pasaban de las nueve de la mañana. Acostumbraba abrir a las ocho y treinta, pero ¡Qué diablos! también le había dado la mañana libre a mi ayudante. La oficina quedaba a escasos treinta metros de la entrada al residencial donde vivía en ese tiempo. Era visible desde la avenida, bastante concurrida en la capital villahermosina. El año 2005 marchaba bastante bien para nosotros, a tal grado que había decidido ampliar el giro del negocio. Instalamos una sala de X—BOX y sendas pantallas, auriculares y entretenimiento en red. Esto generaba ganancias interesantes, nuestros principales clientes eran adolescentes que venían —sobre todo— de la escuela secundaria que se localizaba a dos cuadras, muy cerca del famoso reloj de las tres caras.

Regresé a casa y dejé el coche estacionado, igual a todos los días, solía llegar caminando hasta la oficina, la sorpresa me esperaba frente a la puerta. Un grupito de asiduos jugadores, unos cinco o seis, esperaban un tanto molesto para que abriera. Uno de ellos me reclamo.

—¿Qué pasó ingeniero, ahí dice a las 8:30? —¿No se supone que deben estar en clases? Fue mi respuesta.



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

—Sí, pero es día del estudiante y nos dejaron salir más temprano —entonces ustedes son los desinformados y como no se enteran, vinieron de gratis a la escuela —les contesté riendo.

—¡Estos menso! pero ahora tenemos más tiempo para jugar —todos se dirigieron a la sala de juegos, y yo tras ellos para encender los equipos.

—¡Ya los prendimos! —los chicos de unos trece años, ya se hallaban instalados esperando comenzar sus respectivas partidas.

El éxito, se lo debía a mis propios hijos, ellos eran los expertos detrás de los juegos, adolescentes también, recibía sus comentarios —siempre acertados— respecto a cuáles juegos tener en existencia y cuales no. Por supuesto, primero tenía que comprarlo para ellos. Aunque esta parte no me molestaba en absoluto.

El ruido de la chiquillería quedaba perfectamente aislado, separado con gruesos vidrios me permitía ver su comportamiento, en realidad, eran traviesos y escandalosos, pero jamás causaron problema alguno. Eran un buen grupo de chicos.

Ya había entregado los equipos a plena satisfacción de cliente, quien se retiró gustoso por haber recibido en tiempo y forma su pedido.

Cerca de las doce, el grupo completo de niños se retiraron de las oficinas, incluso se despidieron.

—Gracias ingeniero, regresamos mañana. Ellos escuchaban que me llamaban ingeniero y lo repetían.

No bien acababan de salir, cuando aquel que se había mostrado molesto por mi tardanza, entro nuevamente, pero con la cara un tanto exaltada.

—¡Ingeniero venga a ver lo que hay acá afuera! —imaginando un accidente o algo así, salí rápidamente. El grupo completo, semi agachados rodeaban algo en el piso, uno más aventurado incluso movía su pie en dirección donde los demás veía. Al llegar, me abrieron paso para yo también me enterara.



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

En el piso, un murciélago gris del tamaño de una golondrina yacía panza arriba, se veía intacto, con seguridad la muerte le había llegado apenas hacía poco. Me agaché para verlo de cerca. Su cuerpo gordito y peludo lo hacía verse simpático como si se tratara de un peluche pequeño. Lo vi moverse un poco.

—No está muerto —les dije a los chicos que continuaban atentos al bicho. Entonces, en un ataque de temeridad, recordando los días de mi niñez, en los cuales, gustábamos de atrapar murciélagos y atarles una cuerdecilla en la pata para verlos volar y evitar que se fueran.

En el amplio patio de los vecinos, un tronco seco, había sido adoptado como morada de los volátiles, cerca de las seis de la tarde, empezaban a salir los primeros, normalmente lo hacían volando, pero uno que otro, decidía escalar el tronco y después elevarse al cielo en silencio aleteo. Está, era nuestra oportunidad. De un manotazo los tirábamos al suelo, la mayoría resistía el impacto, pero no faltaba aquel que, atontado se quedara tirado. Entonces, entraba en juego nuestra pulida técnica para agarrarlos. Volteábamos al ratón alado, lo asíamos de ambas alas, y utilizábamos nuestros dedos; índice y anular respectivamente para sujetarlo, el dedo medio actuaba como cuña echándolo hacia atrás. De esta forma conseguíamos inmovilizarlo, claro que nuestros padres nunca se enteraron de nuestras “infantiles” correrías. Era un triunfo tenerlo sujeto y más ser reconocido por la *troupe*. Otro se encargaba de atar una pata y nuestra diversión estaba garantizada, después, hartos del juego, le devolvíamos la libertad para que fuera a “cenar” en compañía de sus compañeros. Olvide un detalle, al tener sujeto a este murciélago del presente : No es lo mismo Los tres mosqueteros, que veinte años después.

Los chiquillos estaban maravillados al ver mi acto casi circense de tener sujeto entre mis dedos al bicho que antes les llamara tanto la atención. Nopodían creer que me hubiera atrevido a tomarlo.



Fue, otra vez, el más participativo de los niños quien se agachó casi hasta tocar con su nariz al pequeño mamífero que estaba en mi mano. Lo que no esperaba él, y yo tampoco, es que, el bicho regresara de su marasmo, y volteando la cara en dirección de quine lo observaba, soltó potentes chillidos de angustia al verse cautivo. Esto hizo, que el chico hiciera lo mismo, se incorporó de un saltó pegando un sonoro grito. Me tomó desprevenido, no esperaba algo así, pensando en el susto del menor, descuidé al prisionero en mi mano, y esté, ni tardo ni peroso ; me mordió. Fue suficiente para que yo lo soltará, y cayera al piso. Uno de los críos estaba dispuesto a aplastarlo pero se lo impedía.

—¡Pero lo mordió ! —alegaba como justa razón para aplicar tan dura sentencia sobre el hijo de bataman, que había aprovechado un momento de distracción y me había atacado.

—¡No es nada no se preocupen ! ¿Tú estás bien ? —le pregunté al del grito, me contestó con un movimiento de cabeza, aún se veía asustado. Para mis pulgas, los niños de hoy son tan diferentes a los cavernícolas del pasado, pensé.

—¡Le esta saliendo sangre ! —era verdad, regresé mi atención al dedo, una gruesa gota de sangre brotaba donde el murciélago me diera la mordida.

—No pasa nada, tranquilos —
apreté mi dedo fuertemente y sacudí la gota que los intimidaba, después de eso, tomé al pequeño murciélago y lo coloqué en un almendro un par de metros.

Los chicos se retiraron haciendo malabares con las manos, los podía ver en la distancia, como sus gestos expresivos, levantando los brazos enfatizaban sus palabras reviviendo lo recién ocurrido.





Entre a la oficina un tanto preocupado. Me había mordido un murciélago, y sabía de lo peligroso que esto podía ser. Deseché los temores, me lavé perfectamente y después salí para ver si ya se había ido mi atacante.

Otra vez en el suelo, y otra vez, panza arriba, al parecer la posición se le había hecho cómoda, lo moví con la punta de mi zapato, pero esta vez, si estaba muerto. ¿Y cómo no? pensé para mis adentros, con el susto fenomenal que se llevó no era para menos, seguro se infartó. Como quiera que fuera, decidí tomarlo y lo metí en una cajita de cartón, después lo dejé en el congelador del minibar que tenía en la oficina.

El resto de la mañana se fue muy rápido. Hasta que, llegadas las dos de la tarde mi esposa llegó, como otras veces, casi corriendo, había que ir a buscar a los niños en la escuela y después la comida. Solía pasar por mí e íbamos juntos. Venía sumamente acalorada, se veía linda con la cara enrojecida y los ojos brillantes, y como siempre, quejándose del calor.

Yo había olvidado el episodio matutino, pero un grito de ella me devolvió a la realidad. Solo llegar, y su primera parada fue el pequeño refrigerador, intrigada por la caja, me imaginó que la sorpresa y el susto fueron iguales a los del niño que “indirectamente” había causado el incidente. Yo lo había guardado para llevarlo a examinar a la secretaría de salud, cuando la jornada terminara. Pero ahora, sabía de sobra lo que se aproximaba. Creo que lo menos duro que me tocó escuchar de su boca fue ¿¡Estás loco, en qué estabas pensando!? Esos animales transmiten la rabia.

Quise explicarle que había sido un accidente, y que era un juego de niños —Pero ya no eres un niño —continuó cada vez más enojada.

—Mira cálmate, por eso lo guardé para llevarlo a examinar —se dirigió al refrigerador, y no sin asco, tomó la caja blanca de una orilla —Vamos de una vez, para que lo analicen.



—¡Pero los niños!... —la situación me parecía divertida y la deje hacer, realmente estaba enojada y preocupada por mi suerte. No solo había sido atacado por el hijo de Batman, además era posible que me hubiera dejada secuelas. Reí por mis ocurrencias —¿Y ahora de que te ríes? — me decía mientras ella manejaba con dirección a la secretaría de salud —¿Ya te volviste loco? —moví la cabeza y no contesté.

Los niños tendrían que esperar. Al llegar al edificio blanco de la Secretaría de Salud en Tabasco, donde además están los laboratorios, fuimos atendidos rápidamente, al parecer este tipo de accidentes eran bastante comunes, el trámite era sin costo y tardaría unos quince días. Eso fue lo que nos dijo el especialista.

Mientras esperábamos en la sala de espera, mi esposa me obligó a ver un cartel que yo había visto ya, incluso, intente desviar su atención a otro lado o cambiarnos de lugar, fue inútil.

El dichoso cartel hacía alusión a los animales que transmitían la rabia y que nos eran tan comunes, pues algunos eran nuestras mascotas, y contra lo que se pudiera pensar, el perro estaba en último lugar del top cinco. Se podía leer y ver las imágenes de los portadores.

Número cinco, el perro; número cuatro, el gato doméstico; número tres, el zorrillo, este en particular me movió al asombro, así que me di el lujo de hacer bromas al respecto, mismas que no le hicieron gracia a mi mujer: —Si no te mueres de rabia, te mueres por la peste. Silencio total del otro lado —¿No sé cómo puedes bromear con estas cosas?



Segundo lugar, la rata de alcantarilla; puf. y en primerísimo lugar: EL HIJO DE BATMAN, El murciélago cola de ratón. Y para que no hubiera dudas, su imagen



se reproducía como si fuera el pasquín de un malhechor, solo le faltaba la cantidad de recompensa que se ofreciera por el cómo en el lejano oeste.

Era el mismo cuerpo esponjoso y peludo, enfundado en color gris y con las orejas pequeñas, las alas extendidas como si de un momento a otro se fuera a convertir en Germán Robles reclamando sangre en su película de *El Vampiro*. Y lo más distintivo por supuesto, una larga colita pelona que semejaba la de un ratón de casa. El parecido con el que trajimos era igual, no se le pudieron tomar huellas digitales por que de seguro no las tenía, pero la evidencia de ser los mismos era tal, que estuve a punto de preguntar si ofrecían recompensa por él, pero mejor me callé.

—Bueno amigo ¿Listo para la primera vacuna de un total de cinco? —fue entonces que se acabó la simpatía por el muerto. Me podría la primera y después tendría que regresar a los siete, catorce, veintiuno y veintiocho días —como las pruebas del concreto—

—Me lleva la...

Por fortuna, el método había cambiado, y la inyección no obedecía a los rigores de los castigos de la inquisición, no sería en el ombligo. La evolución de la tortura las había elevado al brazo. Sentí el pinchazo mientras una mentada de madre interna se elevaba como una plegara por el descanso del hijo de Batman. Nos despidieron advirtiéndonos que enviarían la mitad del bicho a Ciudad de México y la otra se analizaría allí.

Mis hijos morían de risa con lo sucedido, afortunadamente me veían con ojos diferentes a partir de ese momento, como una especie de Indiana Jones, ante la furia de mi esposa que no podía entender nuestra complicidad. Por eso se extinguen los hombres diría un meme en la actualidad.

Toda esta historia hubiera sido perfecta como anécdota, pero los malditos dolores en todo el cuerpo al despertar el día siguiente, eran tales que parecía que



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

una aplanadora hubiera pasado por encima de mí, rompiéndome todos los huesos. Era tal que no podía pararme. Estaba echado sobre la cama como si fuera una tortuga concha abajo. Mi mujer al saber de mi condición no dejó pasar un —Te lo dije, pero ayer ¿Qué tal? el señor se divertía.

Desfogó todo lo que se había guardado, en mi interior deseaba que el murciélago me volviera a morder, para recordarme que la niñez había pasado y que me debería comportar como un adulto.

Entró mi hijo menor al escuchar que su mamá discutía conmigo, lo cual es realmente injusto decir, porque no recibía respuesta de mí, que intentaba saber qué punto del cuerpo me dolía más.

—Ya mamá déjalo ¡Ya fue suficiente con el ataque del hijo de Batman!

Lo peor del asunto es que con dolor y todo, me trasladé a mi oficina, mi ayudante reía de mis ocurrencias.

A las dos de la tarde, puntual, mi esposa llegó por mí, para la rutina de buscar hijos y comida. Pero esta vez no entró, la escuché que hablaba con alguien, salí para apurarla, abrí la puerta y la escuché:

—Pues ojalá y mi marido no se enteré... —¿Acerca de qué? —la vi moverse nerviosa y con cara de circunstancias como queriendo sonreír.

—Manuelita mató ayer a un murciélago, yo le dije que hay muchos y que uno te mordió y...

—¿Y qué hiciste con el murciélago Manuelita? —nos miró a los dos y después contesto.

—Pues, lo barrí y lo dejé aquí afuera...

De modo que el Hijo de Batman había muerto a manos de o a escoba según se vea de un enemigo más poderoso que él, mientras yo sufría por el dolor de la antirrábica y por los episodios de enojo y recriminaciones de mi mujer.



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

Aunque para ser honesto, sigo prefiriendo la antirrábica. 